

Luis González González y la microhistoria.

Luis Eduardo Cortés Riera.

cronistadecarora@gmail.com

Hace una centuria, en 1925, nace en el pequeño pueblo de unos 8 mil habitantes, de nombre San José de Gracia, Michoacán, México, el maestro historiador Luis González González (1925-2003), creador en el ámbito hispanohablante de la celebrada y muy seguida microhistoria. Y decimos que fue en Hispanoamérica el iniciador de tal enfoque historiográfico, haciendo la distinción que fue en Estados Unidos donde por primera vez se pronuncia la palabra microhistoria, y fue a propósito de la célebre batalla de Gettysburg, ganada por los norteros que literalmente aplastan a los sudistas con evidentes ambiciones secesionistas, allá en 1863. Es la primera batalla industrial que registra la historia.

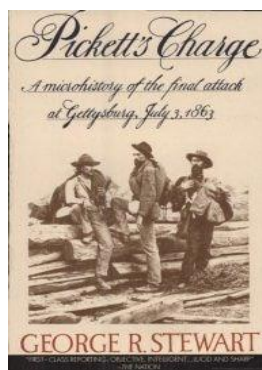
La “intrahistoria” unamoniana.

Pero fue el filósofo español Miguel de Unamuno (1864-1936), quien en el año 1895 utiliza el vocablo *intrahistoria*, una versión minimalista de los eventos sociales, un estudio de la cotidianidad y de lo local, la vida de los seres periféricos silenciada por la historia oficial. Una reducción de la escala del estudio de la historia que implica la abolición de la política y de los héroes en la narración historicista. “Buscar lo eterno en el aluvión de lo

insignificante”. Tales ideas las expresa Unamuno en su obra *En torno al casticismo* (1895), ellas constituyen un antecedente clarísimo de la microhistoria que iba a irrumpir rutilante a mediados del siglo XX.

Nace el vocablo microhistoria.

Fue, dijimos, el profesor George R. Stewart, autor también de una distópica novela de ciencia ficción, quien acuña el término microhistoria en 1959 cuando publica *La carga Pickttest, microhistoria del ataque final de la batalla de Gettysburg*. Y lo hizo 9 años antes de que Luis González González publicara su emblemática obra *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*, en 1968, trabajo señero que ha tenido una enorme repercusión en Latinoamérica, y especialmente en Venezuela.

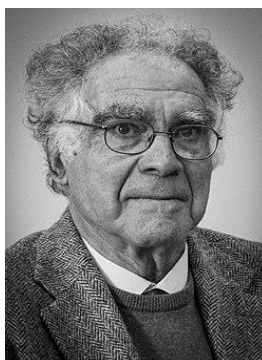


La carga Pickttest es una descripción pormenorizada al detalle mínimo de esta mortal confrontación entre el norte industrializado y el sur esclavista en Estados Unidos. Sucedió el 3 de julio de 1863. En ella, dice Ego de Kaska, el profesor George R. Stewart reconstruye con rigor casi obsesivo los pormenores de un episodio brevísimo de la Guerra Civil estadounidense. La carga final dirigida por el general confederado George Edward Pickett durante la batalla de Gettysburg. El episodio dura quince a veinte minutos. Sin embargo, Stewart lo convierte en una narración de más de trescientas páginas. La totalidad del relato se articula entre un pequeño monte de árboles y una muralla de piedras. El tiempo se fragmenta en unidades mínimas.

Stewart, continua Ego de Kaska, despliega diagramas, planos y cronologías detalladísimas, con intervalos horarios precisos que registran el avance, el retroceso y la densidad del humo. El lector tiene la sensación de recorrer un cuaderno técnico militar donde el detalle físico del combate adquiere una relevancia decisiva para comprender la dinámica general del acontecimiento. La fuerza intelectual de Stewart procede de su disposición para entender la historia como una trama de condiciones materiales. La dirección del viento, la humedad del ambiente, la orografía, la densidad del humo, la fatiga de los cuerpos y la resonancia acústica de los disparos. Cada uno de estos factores produce una alteración en el curso del acontecimiento. La *microhistoria* se convierte así en una forma de historia ambiental a escala mínima. Este enfoque anticipa perspectivas contemporáneas que han situado la materialidad en el centro del análisis histórico, desde los estudios del paisaje hasta la fenomenología del cuerpo.

Microhistoria italiana.

Fue en 1976 cuando el italiano Carlo Ginzburg da a conocer su extraordinario trabajo historiográfico *El queso y los gusanos, el cosmos de un molinero del siglo XVI*, con lo cual iba a provocar una verdadera revolución historiográfica en todo el mundo. Relata la vida del molinero alfabetizado Menocchio, condenado a la hoguera por la inquisición por hereje, al sostener que Dios y los ángeles habían surgido de un caos primigenio “como los gusanos del queso”. Un hombre común y corriente, casi ateo, rescatado del anonimato por Ginzburg.



El otro distinguido representante de este movimiento historiográfico es Giovanni Levi (1939) quien se inspira en los trabajos del historiador británico marxista Edward P. Thompson (1924-1993), para estudiar la racionalidad específica del mundo campesino en el siglo XVII. “he elegido -dice Levi- un lugar sin importancia y una historia corriente. Santena es un pequeño pueblo y Giovanni Battista Chiesa un sacerdote exorcista, es más bien toscano.” Su obra señera ha sido *La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piemontés del siglo XVII.*, publicada en 1985, donde capta sutilezas históricas, sociales y culturales en las que no repara la historia escrita a gran escala. Como el molinero Menocchio de Guinzburg, el sacerdote Chiesa, protagonista del libro de Levi, va a ser víctima también de un proceso inquisitorial en tiempos cuando se va conformando la Europa moderna.



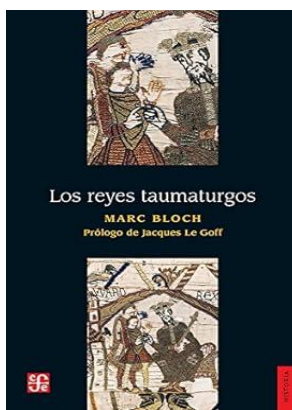
Luis González González en la Universidad Pedagógica Experimental Libertador, Barquisimeto.

En nuestra experiencia, fue en 1989 cuando comenzamos a oír del microhistoriador mexicano en la Maestría en enseñanza de la historia en la Universidad Pedagógica

Experimental Libertador (UPEL) de Barquisimeto, Venezuela. Palabras extrañas como “Matria” (en oposición a Patria), historia regional o local, espacio geohistórico regional, conceptos y categorías más o menos difusas y entendidas a las apuradas, que emocionaban grandemente a los jóvenes investigadores de entonces. Eran los primeros asomos de microhistoria que retumbaban como el paradigma definitivo del hacer histórico.

Fue un remezón y una crisis de conciencia personal, pues en la Universidad de Los Andes y su excelente Escuela de Historia, donde cursamos estudios de pregrado en los años 70, apenas se mencionaba al mexicano González González. Agregado a ello, éramos egresados en la especialidad de historia universal, donde dominaba un enfoque macro de los procesos históricos: feudalismo, modo asiático de producción, imperialismo, expansión de Europa. No había allí lugar para la microhistoria entre tales fenómenos masivos y a gran escala.

A ello debemos agregar que, siendo licenciado en historia universal, laborábamos con asignaturas entonces alejadas artificialmente de la ciencia de Clío, esto es, psicología y filosofía (que no cursamos en pregrado). El Dr. Reinaldo Rojas, quien dirigía con gran talento la Maestría en enseñanza de la historia de la UPEL, poco o casi nunca se refirió a la microhistoria, pues él se considera un discípulo de Marc Bloch y Lucien Febvre y la Escuela de Anales fundada en Francia en 1929. Elegimos, en consecuencia, seguir el camino abierto por los franceses, quienes fueron seguidos en el país por el Dr. Federico Brito Figueroa, obviamos el sendero del mexicano Don Luis González González y sus adláteres venezolanos. Nos sentimos muy a gusto con la historia de las mentalidades cultivada por Anales, pues era quien escribe docente que enseñaba en educación media a Freud, Jung, la Gestalt alemana, conciencia y memorias colectivas, olvido represor, fenomenología de Dilthey y su concepto de la comprensión.



En consecuencia, leíamos con supremo agrado *Los reyes taumaturgos* (1924) de Marc Bloch y *Martín Lutero. Un destino* (1927) o bien su impresionante *El problema de la incredulidad en el siglo XVI. La religión de Rabelais* (1942) de Lucien Febvre, antes que hacerlo con los trabajos meritorios, eso sí, de los micrihistoriadores venezolanos Arístides Medina Rubio o Germán Cardozo Galué. A ningún compañero de estudios de maestría en enseñanza de la historia le vi entre sus manos un ejemplar de *Tierra Firme, Revista de*

Historia y Ciencias Sociales órgano de difusión de nuestros microhistoriadores venezolanos fundada en 1983.

Se impuso categóricamente en la maestría en enseñanza de la historia el enfoque analista francés, la historia global, historia síntesis, y eventualmente ningún trabajo de grado se deja conducir por la microhistoria. Nuestros libros de cabecera eran los de Pierre Vilar, Marc Bloch, Lucien Febvre, Michel Vovelle, Reinaldo Rojas, Federico Brito Figueroa, quien logra acercar el marxismo a la Escuela de Annales.

Tomas Straka y la microhistoria en Venezuela.

La microhistoria fue, afirma el Dr. Tomas Straka, un reencuentro con lo espacial como producto de procesos sociales, económicos y culturales. Obviando los determinismos del positivismo nacieron de tal manera las regiones históricas zulianas, andinas o guyanesas. Un logro bastante significativo en Venezuela de los años 1980 y 1990.



Pero se cometieron en este enfoque, escribe Tomás Straka, muchos excesos. Se pensó erróneamente que la microhistoria era el fin de la historia, parafraseando a Fukuyama, es decir que después de la microhistoria no había más nada que aventurar en el hacer histórico. Una equivocación grave y supina.

Los microhistoriadores, agrega Straka, especialistas en los Andes desconocían e ignoraban lo que sucedía en los Estados Sucre, Monagas, o, peor aún, en la Unión Soviética, la China de Mao, la Unión Europea, los Estados Unidos de Reagan.

Volvíamos a convertirnos, historiográficamente hablando, en un país archipiélago como el del siglo XIX del que nos habla magistralmente Elías Pino Iturrieta. Parroquialismo, provincianismo, una historia de campanario atrapó con sus garras a los “micros”, una tentación de aislar una parte de la humanidad, la del propio historiador, por haber nacido en ella, nos advierte Eric Hobsbawm.

En otros lamentables casos se inventó la tradición, tal como sucedió en el Estado occidental Lara, en Venezuela, donde con escaso rigor documental, carencia de datos y evidencias firmes, con mucha ideología, se inventó la cacica de la etnia indígena gayón

llamada Ana Soto (1618-1668), a tal punto que con su nombre se denominó una populosa barriada barquisimetana. ¿Qué pensaría Eric Hobsbawm de tamaño desacierto?

Pero donde llega el extremo microhistoriador venezolano fue en el Estado occidental petrolero del Zulia, donde animó estafalarios y grotescos deseos secesionistas al exaltar a líderes regionales pintorescos como Venancio Pulgar (1838-1897) y Jorge Sutherland (1825-1909). Un anhelo de autonomía y de separatismo que en el siglo actual no tiene ninguna pertinencia.

En manos tenemos una voluminosa obra sobre historia de La Universidad del Zulia en donde no se menciona de ninguna manera que fue el llanero y guanareño, presidente de Venezuela Dr. Raimundo Andueza Palacio, el fundador de ese plantel educacionista en 1891. De igual modo omite olímpicamente el nombre del Ministro de Instrucción de Andueza Palacio, el célebre escritor Eduardo Blanco, caraqueño ejecutor de la apertura de la Universidad en Maracaibo. A tales extremos llegó el furor anticentralista, un desatinado anticaraqueñismo de los microhistoriadores zulianos.

El Dr. Straka lamenta, en una especie de mea culpa, el laxo manejo de categorías de análisis por los microhistoriadores venezolanos. Algunos investigadores “micros” trasladan documentos de los oscuros archivos a las oscuras publicaciones, sin aplicar ni categorías marxistas ni funcionalistas ni del estructuralismo o el materialismo cultural. Ninguna. El investigador, el escritor que es todo historiador, desaparece ante la documentación, no tiene presencia alguna y se convierte en “ratón de archivos y repositorios.” Va, inútilmente, detrás del último documento, construyendo meras compilaciones documentales.

El Dr. Straka refiere que gracias a la microhistoria se constituyó uno de los movimientos más originales, sino el más original, en el hacer histórico, el país se llenó de microhistoriadores que les dieron voz a comunidades silenciadas por el discurso centralizado en Caracas, “Sí, el *Pueblo en vilo*, la historia contada por Luis González González sobre su San José de Gracia cambió la historiografía venezolana.”

El semiárido larense venezolano.

En nuestro caso hemos intentado comprender la ligazón de una geografía hosca y difícil con el modo de vida de sus habitantes y la extraordinaria capacidad para la producción musical y literaria de estos lugares secos y de escasa humedad. No nos ha guiado la microhistoria de la que hablamos atrás.

Nuestro enfoque se fundamenta en el materialismo cultural de Marvin Harris, la Región Barquisimeto de Reinaldo Rojas, los geosímbolos del soviético Yuri Lotman, la geografía sentimental del chino estadounidense Yi Fu Tuan y el chileno venezolano Pedro Cunill Grau, los extraordinarios trabajos de Edilberto Ferrer Véliz y el sabio Francisco Tamayo sobre el muy singular modo de vida del semiárido occidental venezolano.

Una geografía huraña y arisca que nos hace cooperativos, previsivos, extrovertidos y creadores de un sentido que nos sella con un significativo *ethos* cultural en el cuadro de la nación venezolana. Insolación casi todo el año, veranos prolongados, cabras como modo de

subsistencia, paisaje dominado por tunas, cujíes y cardones, un catolicismo franciscano firmemente marianista en su Divina Pastora, tres ciudades de sólidos linajes coloniales El Tocuyo (1545), Barquisimeto (1552) y Carora (1569), una cumplida y fina hibridación étnica y cultural, han creado una idiosincrática cultura de resonancias nacionales y mundiales. Los larenses hemos creado una semiótica reconocible en su rico e inigualable folklore del tamunangue, su monumental literatura y su descomunal expresión musical.

Referencias.

Arias, Patricia. (2006) Luis González. Microhistoria e historia regional. Desacatos, n° 21. Ciudad de México. *versión On-line* ISSN 2448-5144*versión impresa* ISSN 1607-050X

Cortés Riera, Luis Eduardo. (2025). El semiárido occidental larense venezolano como caja de resonancia cultural. Diario *El Impulso*, Barquisimeto, 11 de agosto de 2025.

Ego de Kaska Foundation Inc. (2025) Stewart y la microhistoria.

Ginzburg, Carlo. (1999). *El queso y los gusanos*. Barcelona, España: Editorial Atajos.

González González, Luis. (1973) Hacia una teoría de la microhistoria. Relaciones 57. México.

----- (1982) Nueva invitación a la microhistoria. Titivillus.

Iggers, Georg. (1998) La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Idea Universitaria. Barcelona.

Levi, Giovanni (1983) La herencia inmaterial. La historia de un exorcista piamontés del siglo XVII. Editorial Nerea S. A. Madrid, España.

Medina, Celso. (2009) **INTRAHISTORIA, COTIDIANIDAD Y LOCALIDAD** *Atenea* N° 500- II Sem. 2009: 123-139 <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-04622009000200009>

Revel, Jacques. (2020) Escala y discontinuidad. *Estudios Sociales* 58.

Straka, Tomas (2005) Geohistoria y microhistoria en Venezuela: Reflexiones en homenaje de Luis González González. Tzintzun, Revista de Estudios Históricos. N° 042. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Morelia, México. PP. 87-112.

Unamuno, Miguel de. [1895] 2000. *En torno al casticismo*. Madrid: Alianza Editorial.

Carora,
Estado Lara,
República Bolivariana de Venezuela,
sábado 10 de enero de 2026.